

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells, Mayor 24, Madrid y Provincias, correspondientes de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán á D. LIBERATO MONTILLS Y GARCIA, administrador de este periódico.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Miércoles 26 de Enero.

El Eco de Cartagena

Un combate de hormigas EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

Difícilmente se encontraba en ciertas regiones de los Estados-Unidos un tallo de yerba, una ramita de planta ó algunos metros cuadrados de terreno sin ver alguna hormiguita negra de las llamadas «*erráticas*» ó «*locas*». Cuando se aplasta alguna hormiga de estas, exhala fuerte olor de ácido fórmico. Rápida en sus movimientos, no traza senderos como las de otras especies; marcha por vías idiosyncráticas, pero siguiendo, sin embargo, la misma dirección durante muchos centenares de metros, siempre en movimiento, cruzando y volviendo á cruzar el camino y recorriendo tres ó cuatro veces la distancia que la separa del punto á que quiere llegar.

Estas hormigas tienen depósitos á distancias iguales á lo largo del camino que recorren, visitándolos frecuentemente al pasar por las cercanías, pareciendo que consideran este deber como asunto grave. Sin embargo, pudiera suceder que lo que llaman almacén ó depósito, resulte después del más detenido examen, una línea de ciudades confederada, entre las que se verifique activo y extenso comercio.

En mi opinión, es imposible desconocer que en toda la línea ocupada por estas «*ciudades*» están establecidas relaciones de la manera más formal y completa.

Estropead una de estas hormigas en el camino que recorre y produciréis violenta turbación; visitarán y examinarán á la herida, y en menos de cinco minutos se habrán acercado á ella más de quinientas compañeras de camino. Si ven que puede curar, le ayudan hasta que se ponga en pié y pueda marchar con las demás cual si nada la hubiese sucedido; si muere, las otras la llevarán fuera del paso de la multi-

tud.... y los negocios continuarán su curso.

Lo verdaderamente curioso es que estas hormigas declaran algunas veces la guerra á la de los árboles, las de cabeza roja. Muchas veces el conflicto da ocasión á un desastre inmenso. Aunque las hormiguillas negras suelen llevar al campo de batalla un número diez veces mayor que el de sus enemigas las de cabeza roja, frecuentemente son derrotadas. La batalla que presencié entre estas dos especies duró de cuatro á cinco horas.

Algunas compañías se batían ya con encarnecimiento, cuando, al salir el sol, empecé á observarlas. Batíanse en medio de un camino, y el número aumentaba rápidamente. La vulgar necesidad de almorzar me obligó á abandonar el observatorio; pero á mi regreso los dos ejércitos habían aumentado considerablemente acudiendo incesantes refuerzos, y la batalla extendía en una superficie de tres á cuatro metros.

La disciplina y manera de combatir era completamente distinta en cada especie. Las negras atacaban á sus enemigos mordiéndoles las patas, y como eran mucho más numerosas que las de cabeza roja, cargaban dos ó tres contra una, consiguiendo estropearla, y así ponían considerable número fuera de combate. Las de cabeza roja por el contrario, solamente trataban de decapitar á sus contrarias, consiguiéndolo con indecible destreza. La escena era terrible, y la muerte cosechaba ampliamente en los dos bandos.

Muy pronto mandaron órdenes á las hormiguitas negras para que acudiesen todas las reservas, y de las puertas de una de sus ciudades, situada á sesenta pasos de distancia, empezaron á salir millares de individuos. Veíase que acudían á marchas forzadas, y era tal su número, que parecía una cinta negra extendida en el suelo y sin fin, porque continuaban saliendo de su ciudad por millares innumerables.

Desgraciadamente, en aquel instante su ejército comenzó á ceder en el campo de batalla, y empezó una

derrota desastrosa en medio de un pánico general. En su desordenada fuga, las fugitivas encontraron las primeras filas de los refuerzos, comunicándolas su completo desastre. Entonces se generalizó el pánico, huyendo precipitadamente los refuerzos á refugiarse en la ciudad. En cinco minutos no quedó una hormiga negra viva sobre el campo de batalla. Parecióme que la noticia de aquella gran batalla y de sus desastrosos resultados había sido comunicada en derredor por las que no habían asistido al combate, siguiendo en sus diarias ocupaciones. Fuese así ó no, el hecho evidente es que desaparecieron todas las hormigas negras del terreno del combate y de las inmediaciones.

Poco después acudieron á la ensangrentada llanura numerosos inspectores, dedicándose á rudo trabajo durante algunas horas. La mayor parte asistían á las numerosas heridas, llevándolas á la sombra de una elevada mota de tierra levantada por la rueda de algún carro pesadamente cargado, con objeto de resguardarlas de los abrasadores rayos del sol, porque era el doce del día. Otra parte considerable de inspectores se ocupaba en recoger los troncos decapitados de las hormigas negras y llevarlos á un poste de encina, en el que tenían una ciudad, y que distaba poco del sitio del combate.

Observábase grandísima actividad en las que asistían á las heridas, viéndose que hacían todo lo posible en obsequio de ellas, y que las manifestaban mucha simpatía: en poco más de una hora reconocieron que gran parte de las heridas eran útiles aun para el trabajo, y las que parecían heridas de muerte las llevaban al poste con los cadáveres.

Aunque considerable número de las de cabeza roja estaban y algunas de suma gravedad, muy pocas habían quedado muertas. Cuando las victoriosas se retiraron del campo de batalla, solamente quedaron para indicar el sitio del combate las cabezas separadas de sus enemigas, siendo tan numerosas, que parecían haber derramado en aquel terreno semillas de adormideras.

DR. LINCRUM.

MISCELÁNEA.

Entre los amigos que rodeaban á cierto ministro, había un célebre banquero, hombre espresivo, puntual concurrente á la tertulia nocturna constituida en el despacho ministerial.

El ministro cayó del poder como es de costumbre.

Por el retiro de su vida privada no pareció nadie, ni su puntual y afectuoso amigo el banquero.

Pero como es costumbre también, el antiguo funcionario volvió á colgarse la cartera y á tomar posesión de la espinosa poltrona.

Sonaban las doce, hora clásica de recepción: la puerta se abre, y con el mayor desenfado avanza el banquero como quien llega á una cita.

—¡Queridísimo amigo, exclama, echándole los brazos al cuello; no sabes cuanto me alegro de tu advenimiento al poder.

—Sin embargo, contestó el ministro en tono de reconvención, ¿te acuerdas del tiempo que hace que no nos hemos visto?

—Es verdad; pero confiesa que la culpa no ha sido mía... yo he seguido viniendo todas las noches.

—Ayer bailando un rigodon, decía picarescamente una linda niña, dos caballeros «pidieron mi mano» y á los dos se la he concedido.

—¿Como? exclamó asustada su respetable mamá.

—Muy sencillamente, replicó la niña; dándole á uno la derecha y al otro la izquierda.

El último correo de la isla de la Reunion trae la noticia de la espantosa catástrofe que ha hecho desaparecer instantáneamente la llanura de Grand Sable, al pié del Gros Morne, en los alrededores de Salacia, con todos los desgraciados que la habitaban. El viernes 26 de Noviembre, entre cinco y media y seis de la tarde, según escribe un correspondiente; todo el terreno comprendido entre el mar de Affouchas y el campo de Pierrot, que tendría de largo dos kilómetros y de ancho mil